

los cantos de su nueva esposa, que era, en verdad, seductora y de la cual afirmaba el embajador de Margarita que era «una de las jóvenes más guapas que pueden verse, nada melancólica y antes por el contrario muy alegre.» El pobre rey sentíase renacer y hablaba de reconquistar Italia «en la primavera;» pero no llegó a ver la primavera, sino que, después de tres meses de consunción lenta, se extinguió tranquilamente en la noche del 31 de diciembre de 1514 al 1.º de enero de 1515.

Aquel monarca no había tenido más que una pasión, pero tenaz hasta la manía, y se había pasado toda su vida tratando de conquistar primero y de conservar después Milán y Nápoles, poniendo al servicio de esa ambición una diplomacia cuyo principal error fué ser no



Moneda de plata de Maximiliano I y de su esposa Blanca María Sforza. (Gabinete numismático de Berlín.)

demasiado leal, como algunos han pretendido, sino inexperta hasta la puerilidad. En realidad, es imposible encontrar en él nada que se parezca a una concepción, habiendo además adolecido de tanta falta de perseverancia como sobra de testarudez. Parece como que hubiera heredado de sus antepasados, los primeros Valois, los ensueños de grandeza y la mediocridad pasiva de inteligencia política. Finalmente, y tal vez este rasgo procedía en él de su origen feudal, es muy digno de notarse el lugar insignificante que ocupa Francia en la política exterior de este monarca francés.

CAPÍTULO IV

MARIGNÁN

I. Comienzos del reinado de Francisco I.—II. Campaña de Marignán.—III. Liquidación de las guerras de Italia

I.—Comienzos del reinado de Francisco I (1)

Desde los primeros días del reinado adviértese en el nuevo rey y en las personas que le rodean la embriaguez de la fortuna tan ardientemente esperada y tan insegura durante mucho tiempo. Los agentes de Carlos de Austria no debieron esforzarse mucho para hacer aceptar los consuelos que presentaron á Francisco I, á saber: «que todos los humanos, grandes y pequeños, están sujetos á la muerte, y además que el difunto rey era

(1) Más adelante indicaremos la bibliografía del reinado de Francisco I. En cuanto á la campaña de Marignán y á las negociaciones que después de ella se siguieron, puede consultarse una parte de las fuentes y de las obras citadas en la pág. 67 y en los capítulos anteriores, y además: *Journal de Jean Barillon, secrétaire du Chancelier Duprat, 1515-1521* (publicado por P. de Vaisiere para la «Société de l'Histoire de France,» tomo I, 1897, muy importante), Mignet, *Rivalité de François I et Charles-Quint*, dos tomos, 1875. Baumgarten, *Geschichte Karls V*, tomo I, 1885.

hombre viejo, débil y valetudinario; y que en todos los asuntos es menester conformarse con la voluntad y disposición de Nuestro Señor.» Gattinara podía escribir, acaso no sin ironía, que la madre del rey parecía ser mucho más fresca y más joven que cuatro años antes.» Con ella y con su hijo triunfaban alegremente todos los compañeros de los días sombríos, toda la juventud, y especialmente los nobles, los grandes señores.

Luisa de Saboya recibía el condado de Angulema erigido en ducado, el ducado de Anjou y los condados del Maine y de Beaufort; el duque de Alenzón, esposo de la hermana del rey, estaba llamado á gozar de las prerrogativas de «segunda persona de Francia;» Carlos de Borbón fué nombrado, en 12 de enero, condestable y en 12 de febrero teniente general y gobernador de muchas ciudades ó provincias del reino. Artús Gouffier, señor de Boisy, obtuvo el cargo de Gran Maestre de Francia y su hermano Bonivet el de almirante, y Duprat fué canciller. Sin embargo, una pequeña parte del personal gubernamental de Luis XII permaneció en sus puestos; Robertet, por ejemplo, halló modo de conservar el favor del soberano. El *Bourgeois de Paris* enumera en su *Diario* los nombramientos, donaciones y privilegios, que forman una lista larga; pocas veces se había visto, en los anteriores cambios de reinado, un reparto semejante de todos los beneficios materiales del poder.

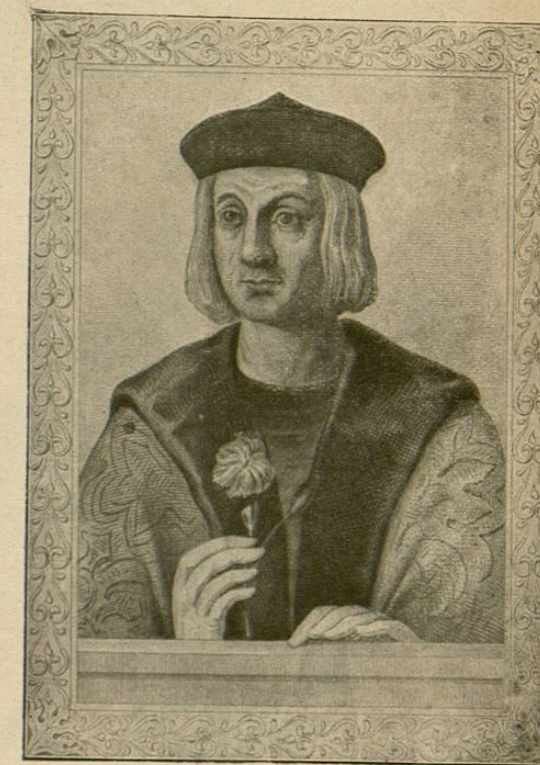
El principal jefe del gobierno, además de Luisa de Saboya, «Madama,» como la llamaban, fué el señor de Boisy, «á quien el rey profesaba amor y familiaridad especial» y «bajo cuya autoridad pasaban todas las cosas en la corte del rey.» Boisy, nacido en 1475, había sido, en efecto, el ayo de Francisco I y fué un personaje de talento equilibrado cuyo buen sentido reconocen á una todos los testimonios que conocemos. En los primeros años de aquel reinado, tan deliciosos, tan bonancibles, aparece desempeñando un papel que tiene algo del de un mentor; fué un tutor tanto como un ministro del rey y su prematura muerte, acaecida en 1519, tal vez modificó los acontecimientos.

Uno de los historiadores de Francisco I ha dicho hablando de este príncipe: «¿De qué se ocupa en un principio? Del Milanésado y del reino de Nápoles. ¿De qué se ocupará durante todo su reinado? Del Milanésado y del reino de Nápoles.» Y efectivamente, desde el primer día sólo pensó el rey en cruzar los Alpes y presentarse en Italia, único país en donde se realizaban grandes empresas y sobre todo empresas muy brillantes. Pero ante todo era preciso arreglar la situación diplomática, porque el emperador, el papa, el rey de Aragón y los suizos seguían dispuestos á defender Milán.

Francisco I se dedicó á mantener la paz con Inglaterra, y cómo no era mezquino, reconocióse deudor de Enrique VIII por la suma de un millón de escudos, en vez de 800.000, sin contar la viudedad de María, esposa de Luis XII; pero las negociaciones para la paz definitiva duraron hasta 1518, y la ciudad de Tournay no fué restituida á Francia hasta que en esa fecha se hubo prometido pagar 600.000 escudos y se hubo hecho desistir á Wolsey de sus pretensiones sobre el obispado. Francisco hubo, pues, de acostumbrarse á la idea de que de Inglaterra todo podía obtenerse con tal de que se pusiera precio á lo que se deseaba.

II.—La campaña de Marignán

Francisco I preparó la guerra á primeros de mayo y entró en tratos con los alemanes para reclutar en su país lansquenetes. El duque de Güeldres ofreció concurrir en persona con un cuerpo de tropas. También se intentaron negociaciones cerca de los suizos, pero no dieron resultado alguno y hubieron de reanudarse en el curso de la campaña. Francisco I dejó á su madre como re-



Carlos de Orleans, conde de Angulema, padre de Francisco I

Con la casa de Austria las exigencias tenían otro carácter y otro alcance. Por singular coincidencia se decretó la emancipación de Carlos de Austria, que apenas contaba quince años, cinco días después del advenimiento de Francisco I, de modo que desde un principio señalábase el paralelismo de ambos rivales. Desde un principio también, la cuestión de Borgoña constituye el fondo de todas las negociaciones, de todos los convenios, de todos los disentimientos: ni Maximiliano ni Margarita habían renunciado jamás en nombre de Carlos á las pretensiones sobre la herencia del *Temerario*; y el mismo Carlos fundará en ellas, á lo menos durante quince años, sus concepciones más razonadas y más tenaces, siendo para él este asunto cuestión de ambición y de sentimiento.

De momento, sin embargo, intentóse una aproximación entre ambos príncipes, y es interesante observar, en sus primeras relaciones, la diferencia de tono entre uno y otro. Un delegado de Margarita escribía en 3 de enero: «He encontrado al rey asaz agrio en sus manifestaciones. Le dije que el señor archiduque (Carlos de Austria) estaba muy resuelto á vivir en paz con él... Me contestó que por él no se malograría tal deseo y que sería para él buen pariente y buen señor, puesto que él (el archiduque) es su vasallo; pero que no quería ser tratado por él como el emperador y el rey de Aragón habían tratado al rey difunto.» Ante una réplica bastante enérgica, el rey se moderó; pero evidentemente se consideraba como superior á Carlos, su vasallo y seis años más joven que él, y este sentimiento persistirá en él durante toda su vida, á pesar de todas las lecciones de la desgracia.

Al comenzar las conferencias que se celebraron en París, los representantes de la casa de Austria pidieron la renovación del tratado de Cambrai, añadiendo á esta demanda una proposición de matrimonio de Carlos con Renata de Francia, hija segunda de Luis XII, si aportaba en dote el Milanésado y el Astesán. Pero además tenían orden de hablar de Borgoña, recordando que la detención de este ducado por los reyes de Francia había sido causa de muchas discordias y que era preciso evitar este inconveniente para el porvenir. El canciller declaró que estas peticiones le parecían «formuladas por vía de juego ya que todas eran absurdas,» y propuso para Renata la dote que había tenido la hija del rey Luis el Tercero, á lo que Gattinara repuso que ésta había recibido Navarra, Champaña y Brie, y el canciller nada contestó. Sin embargo, en 24 de marzo firmóse en París un tratado en el que se estipulaba una alianza ofensiva y defensiva entre ambos príncipes y la promesa de matrimonio entre Carlos y Renata, la cual recibiría en dote el Berry y 200.000 escudos. Además se pactaba que en el caso de no efectuarse el matrimonio, sin culpa por parte del novio, éste obtendría como indemnización el Ponthieu, Peronne, Amiens, Montdidier y Abbeville. De manera que casi se volvía á los tratados de Blois de 1504.

Francisco I etabló también negociaciones con Venecia, renovando los convenios de 1513 y consiguió del dux de Génova la restitución de los derechos de soberanía de Francia sobre esta ciudad. Por otra parte, el papa, los suizos, el rey de Aragón y sus aliados italianos no supieron entenderse ni obrar mancomunadamente.

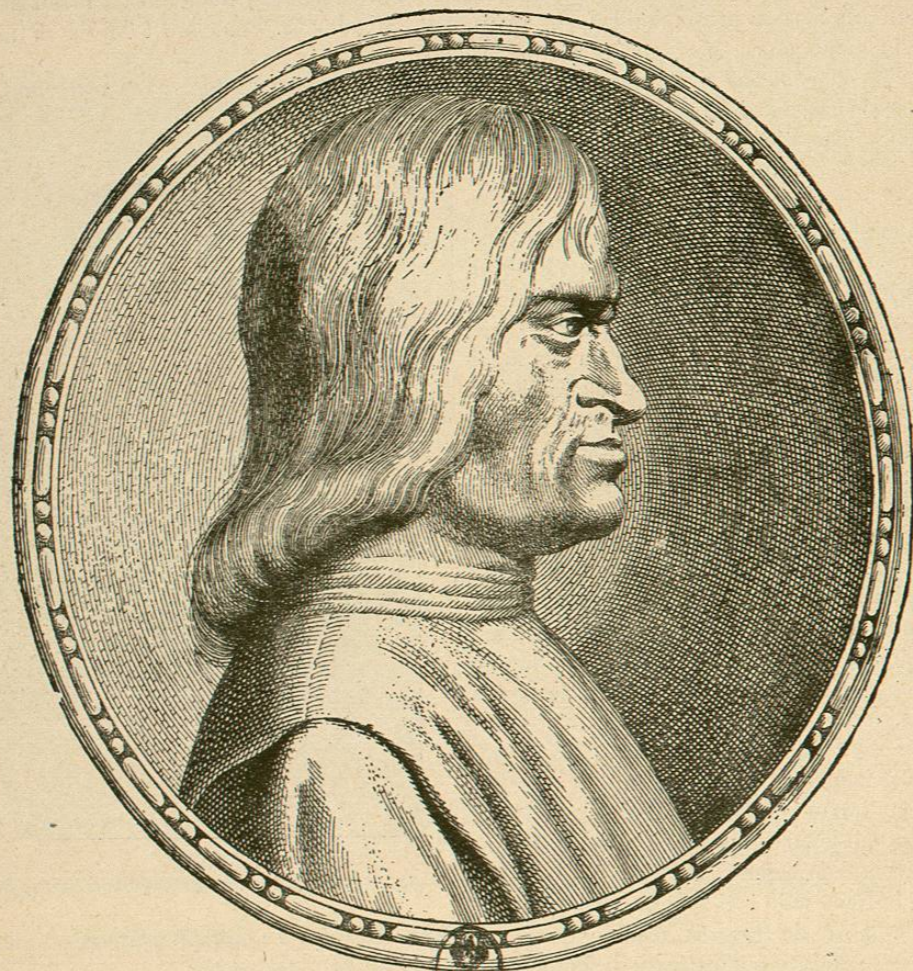
gente del reino y se dirigió á Grenoble, adonde acudían soldados de todas partes.

Barillon escribe que el ejército real se calculaba que era de 3.000 hombres de ordenanza y 30.000 de á pie, de ellos 10.000 franceses y 20.000 lansquenetes. Los nombres de los «príncipes y señores que pasaron los montes con el rey para ayudarle á recobrar el ducado de Milán» comprenden toda la nobleza de Francia; pero son en gran parte los de una generación nueva que entra en escena por primera vez. Los La Palisse, La Tremoille, Aubigny, Luis de Ars y Trivulcio, que habían llenado la historia militar del reinado de Luis XII, aparecen ahora en segundo término, y en cambio citanse en primera fila el duque de Alenzón, Carlos de Borbón, el conde de Nevers y Boisy. Jacobo Galiot de Genouilhac mandaba la artillería, y Pedro Navarro, que durante el reinado de Luis XII había servido á las órdenes de Fernando y á quien los Albret habían atraído á la causa francesa, tenía el mando de la infantería francesa y de los gastadores y había prometido poner al servicio de Francisco I «la piel y los huesos.» Su gran talento como ingeniero hacía de él un poderoso auxiliar. El canciller Antonio Duprat, el general de hacienda Bohier, el tesorero de Francia Robertet, el gran limosnero y varios obispos y relatores del Consejo de Estado seguían al

ejército; algunos de ellos se encontraron en pleno campo de batalla, en Marignán.

Todo parecía indicar que el Milanesado sería enérgicamente defendido; el papa había enviado al Piamonte á Próspero Colonna con 1.500 caballos y á su sobrino Lorenzo de Médicis á Plascencia con 3.000, y el virrey

de flanco. Indicósele á Trivulcio un collado situado al Norte del Enchastraye, á 1995 metros de altura (1), entre los valles superiores del Ubaye al Oeste y del Stura al Este. Aquel paso apenas era entonces practicable, ni aun para los peatones; pero Pedro Navarro, con 1.000 ó 1.200 gastadores, hizo «cortar las rocas para abrir camino por donde pasaran jinetes y artillería.» El día 9 ó



LAVRENTIVS MEDICES, PET. F. COSM. NEP.

Pet. Paul. Rubens pinxit.

Luc. Vorstermans sculpsit.

Medallón de Lorenzo de Médicis, por Rubens

de Nápoles dirigíase hacia el Po, teniendo á sus órdenes 800 hombres de armas y 1.000 de caballería ligera. Pero á quien más debía temerse era á los suizos, los cuales, en número de 15 á 20.000, habíanse encaminado al mismo desfiladero de los Alpes y acampaban en masa en Sussa y en Pignerol, cerrando de esta suerte los dos únicos pasos hasta entonces considerados como accesibles, el del Monte Cenis y el del Monte Genevre. Los suizos habían realizado un cambio notable de estrategia, pues en las anteriores campañas habíanse limitado á intentar la recuperación del país en vez de impedir á los franceses que entraran en él, lo cual era debido á que su ejército ocupaba el Milanesado desde 1513; además, la Confederación había firmado un tratado de amistad con el duque de Saboya.

Era, pues, imposible cruzar los Alpes por los sitios de costumbre y se hacía necesario operar un movimiento

ro de agosto la vanguardia de Borbón penetró en los desfiladeros seguida del grueso del ejército, tardando tres días en pasar de Embrún por Saint-Paul, Larche, Argentera y Demonte, «al extremo de las grandes montañas.»

Un agente veneciano que se encontraba en Demonte vió con sorpresa desfilarse todo el ejército: el primer día pasaron 300 estradiotas, Trivulcio y su hijo, «y el gran condestable duque de Borbón *superbamente*;» al día siguiente, el señor de Saint-André, Pedro Navarro con 6.000 infantes y el duque de Güeldres, y al tercer día La Tremoille y el resto de las tropas. La artillería pasó después, y el rey salió de Embrún el 13 de agosto, ar-

(1) Hoy el camino de Larche. Los franceses hubieron de remontar el valle del Durance, desde Embrún hacia el monte Delfín, y luego descender hacia Saint Paul.

mado de todas armas, lo propio que los que le acompañaban. Era aquel un tren de guerra extraordinario «en un país, el más extraño que haya visitado hombre de esta compañía,» como escribía el rey á su madre. Era necesario casi siempre avanzar á pie llevando de las riendas á los caballos, y en medio de los peñascos y de los torrentes sólo podía pasar un hombre de frente; en las escasas aldeas por donde pasaban no encontraban á nadie, pues los habitantes habían huído á lo más alto de las montañas, de manera que los expedicionarios no «bebieron más que agua» y hubieron de reducirse á los pocos víveres que consigo llevaban.

Al tener noticia del paso de los Alpes por los fran-

La batalla de Marignán (1) es muy sencilla y nada añade á la historia de la táctica militar, y en ella ambas partes se portaron heroicamente. El mejor relato de la misma, por ser el que nos la presenta en su aspecto completo y en la que revela el alma del rey su juventud, es el contenido en la carta que éste escribió á su madre la noche misma de la victoria; carta confusa, que respira aún el ardor del combate y que parece escrita sobre la cureña de un cañón. En ella se nos presenta Francisco I con su valor caballeresco y hasta con su instinto militar, capaz sobre todo de decisiones rápidas, y también con su alegría casi infantil, encantadora en aquel momento, que se manifiesta al hablar de sí, al



Batalla de Marignán. (Bajo relieve de Pedro Bontemps en el sepulcro de Francisco I.)

ceses, el ejército de la Confederación se retiró á Chivasso y Verceil, mientras aquéllos entraban en Turín, en donde se había mantenido prudentemente el duque de Saboya, en tanto que intentaba hacer llegar á un acuerdo á Francisco I y á los suizos. Luego, el rey, siguiendo de cerca á éstos, apoderóse de Novara, dejó que los suizos volvieran á entrar en Milán y se dirigió á Marignán, sin interrumpir las negociaciones entabladas con ellos y que en 8 de septiembre habían dado por resultado un proyecto de tratado. Todo parecía concluido y el mismo papa hacía manifestaciones amistosas; pero los soldados de la Confederación y los delegados de los cantones no estaban de acuerdo. De este estado de cosas se aprovechó Schinner, el cual, anticipándose á la ratificación, reunió á las tropas de la guarnición de Milán, las arengó con su acostumbrada violencia, y aunque muchos soldados y capitanes se negaron á violar la palabra dada al rey, arrastró á la mayoría de aquellos hombres que en la tarde del 13 de septiembre salieron de pronto de Milán para atacar á las tropas francesas. Schinner, que les acompañaba revestido de sus hábitos de cardenal y llevando por delante la cruz de legado, contaba seguramente con un golpe de sorpresa, pues los venecianos estaban acampados en Lodi, á pocas leguas de Marignán; en cambio, si el rey tenía tiempo de avisar á estos últimos, el ejército de los cantones había de verse muy seriamente amenazado.

referir, para que las conozcan su madre y las damas, sus grandes proezas. Por otra parte, no hay exageración alguna en lo que dice, y en los puntos principales los demás testimonios concuerdan casi por completo con el suyo.

La llanura en donde se trabó el combate es completamente plana, pero cortada por arroyales, canales y zanjas, y por ende inaccesible á la caballería, excepto en algunas calzadas en línea recta.

El ejército francés estuvo á punto de ser sorprendido, según esperaba Schinner. Las tropas de las ligas avanzaban en masas compactas llevando á su frente ocho ó nueve piezas de artillería de gran calibre; el polvo que levantaban en aquel día caluroso delataba de lejos su proximidad, que algunos exploradores anunciaron á Borbón. El rey, prevenido á tiempo, vistióse su armadura de guerra, «maravillosamente bien hecha y cómoda,» y se dirigió apresuradamente á la vanguardia para disponer, de acuerdo con el condestable, los últimos preparativos.

Las disposiciones del ejército francés se limitaron casi á las siguientes: distribución tradicional en vanguardia (mandada por Borbón), cuerpo de batalla (por el rey) y retaguardia (por el duque de Alenzón); la

(1) Véase más adelante, y Spont, *Marignan et l'organisation militaire sous François I*, «Revue des questions historiques,» tomo LXXVI, 1899.

gendarmería, en las calzadas, donde podía cargar; la artillería, unas veces delante y otras en los flancos.

Los confederados querían ante todo apoderarse de la artillería, defendida por los lansquenetes. «Un suizo gordo del cantón de Berna» había jurado clavar él solo dos ó tres piezas. Entre tres y cuatro de la tarde, pusieron en contacto con la vanguardia é hicieron retroceder á las gentes de armas que á su vez empujaron á las gentes de á pie en medio del mayor desorden: «Os aseguro, señora, que no es posible acometer con más furor y más temeridad.» Pero llegó el rey: «Parecióme bien que se les diera una carga, lo que se hizo en seguida; y os prometo, señora, que á pesar de estar ellos tan bien acompañados y de valer tanto, 200 hombres de armas, que nosotros éramos, deshicimos á 4.000 suizos y los rechazamos duramente obligándoles á arrojar sus picas y á gritar «¡Francia!» El combate continuó muy confuso y muy indeciso hasta la caída de la tarde y aún prosigió á la pálida claridad de una noche de luna; pero el polvo se había hecho tan espeso, que nada se podía distinguir, por lo que fué preciso suspender la lucha. Los soldados de los cantones lanzaban en medio de la obscuridad toques de corneta para reunirse, y á estos toques respondían las trompetas del campamento francés que sonaban alrededor del rey. Los dos ejércitos se encontraban medio confundidos y lo propio sucedía con ambos campamentos; por ambas partes se pasó la noche juntando dispersos y concentrándose para el siguiente día.

Francisco I, que había hecho escribir á toda prisa al general de los venecianos, Alviano, demandándole socorro, mantuvo la división del ejército en tres cuerpos, algo más atrás del campo de batalla de la víspera, pero marcando más claramente su disposición lateral: él en el centro, el condestable á la derecha y el duque de Alenzón á la izquierda, y la artillería mejor colocada que la víspera para la defensiva y la ofensiva. Los suizos, al parecer, adoptaron el sistema de limitarse á contener el centro, á fin de envolver al ejército francés, especialmente por su ala izquierda: «Dejaron delante de mí 8.000 hombres y toda la artillería, y los dos otros cuerpos los enviaron á los dos ángulos de mi campo, uno á mi hermano el condestable y otro á mi hermano el duque de Alenzón.»

Los agentes venecianos vieron al rey, pica en mano, en lo más recio de la pelea (ellos mismos lo dicen), combatiendo con entusiasmo; pero en el ala izquierda el duque de Alenzón se dejó derrotar y algunos fugitivos corrieron hasta Marignán gritando que todo estaba perdido.

En aquel momento llegó Alviano, «á cosa de las ocho de la mañana», según dice Barillón, con trescientos hombres de armas que venían desde Lodi al galope, y lanzándose ante todo en auxilio del ala izquierda, rechazó á los suizos, fatigados de cuatro horas de combate, y restableció el orden en aquella parte. La infantería veneciana se presentó á las once aproximadamente. Los soldados de los cantones, desconcertados por la heroica resistencia del rey y del duque de Borbón, y espantados por la llegada del cuerpo veneciano, emprendieron la retirada, que no tardó en degenerar en fuga, causando gran matanza en ellos la caballería. Cuando se procedió á dar sepultura á los muertos, con-

táronse, dice Barillón; 16.500 cadáveres, de ellos 13 ó 14.000 de enemigos; los venecianos consignan casi la misma cifra, un poco más baja. Allí murieron algunos grandes señores franceses, entre ellos el príncipe de Talmont y el duque de Châtellerault.

Al día siguiente él rey recibió con particular afecto á Alviano y al embajador de Venecia, Contarini, quienes entraron en su tienda cuando se levantaba de la cama, habiéndoles «tomado las manos muy familiarmente» y habiendo ido luego á ver las tropas venecianas, á las que se debía en parte la victoria. Francisco I reconoció que la acción había costado mucho de ganar. «La batalla duró desde ayer hasta hoy, sin que se supiera quién la había perdido ó ganado y sin que se dejara de combatir y sin que la artillería cesara de hacer fuego día y noche... Las gentes de armas son las que han trabajado de firme, y no creo mentir si digo que por grupos de quinientos dieron treinta magníficas cargas antes de que la batalla se ganara. El senescal de Armagnac, con su artillería, dice con razón que él ha sido en parte causa de que se ganase la batalla, porque nadie se sirvió jamás mejor de aquella.»

Milán se rindió. El condestable y Pedro Navarro quedaron encargados de poner sitio al castillo y el rey se retiró á Pavía, en donde recibió embajadores de todas partes y en primer término del Soberano Pontífice. Maximiliano Sforza renunciaba á sus derechos sobre el Milanesado, mediante una suma de 94.000 escudos pagadera en dos años y una pensión de 36.000; los milaneses serían perdonados, y Morone y el marqués de Gonzaga obtendrían gratificaciones de empleos ó de regalos.

III.—Liquidación de las guerras de Italia

Desde 1515 á 1519, Francisco I sigue dos políticas: una por la que trata de arreglar los asuntos de Italia y que es la continuación de la de Luis XII; y otra, que es la suya propia, por la que acomete la empresa de asegurarse el Imperio. En la primera se reproducen perpetuamente todas las combinaciones ya intentadas.

Con la batalla de Marignán no había terminado todo. Maximiliano había formado contra el Milanesado proyectos de expedición anunciados con gran estrépito y se dirigía á Enrique VIII, quien no quería comprometerse á fondo y sobre todo respondía muy poco á sus demandas de dinero, ni aun hechas en forma de empréstito, porque el César, como decía el enviado de Inglaterra, «tenía la costumbre de fijar sus vencimientos para las calendas griegas.» Pero Maximiliano contaba con Suiza, que se había convertido en un gran mercado de hombres abierto á todo el mundo, y allí envió á Mateo Schinner, el cual encontró á los montañeses, aun á los que estaban mal dispuestos respecto de Francia, muy desconfiados «considerando que prometer y cumplir eran dos cosas, y que el emperador, bastante acostumbrado á la primera, no tenía mucha costumbre de la segunda.» Sin embargo, obtuvo la promesa de 10 á 12.000 hombres, y por último había entablado negociaciones con los milaneses, siempre dispuestos á los cambios, y muchos desterrados recorrían ya el ducado.

En el mes de marzo del año 1516, Maximiliano entró en Italia con unos 30.000 hombres; pero á pesar de ha-

ber anunciado que celebraría las Pascuas en Milán, no permaneció allí mucho tiempo. Borbón se fortificó en la plaza y Maximiliano acampaba al Norte de Marignán; pero á los tres días apenas, abandonó sus tropas durante la noche y con una pequeña escolta se retiró á Verona, desde donde regresó á Alemania. Los agentes de Margarita no quisieron, en algunos días, dar

negociaciones entabladas ya antes de la batalla. A pesar de los esfuerzos de los venecianos, Francisco I consintió en llegar á un acuerdo, y en 13 de octubre sentáronse las primeras bases de un tratado, por el que el rey y el papa se comprometían á defenderse mutuamente: el rey ayudaría al papa y á la Iglesia á recobrar todos sus bienes y prometía defender la república de Florencia, «que



El papa León X y sus cardenales Médicis y Rossi, cuadro de Rafael

crédito á la noticia de aquel deplorable desastre, y escribían que los franceses propalaban «calumnias más que bestiales;» pero al fin hubieron de rendirse á la evidencia.

El papa fué el primero en volver al lado de Francia; la noticia de la victoria de Marignán le había anonadado y habíase indignado contra los venecianos que habían contribuido á ella, viendo ya el reino de Nápoles amenazado de invasión y á Francisco I dominando en toda Italia. Sus esfuerzos tendieron por de pronto, á separar al rey de sus aliados y á atraerle al mismo tiempo á su política; é inmediatamente después de la derrota de los suizos, su embajador, Luis de Canossa (1), reanudó las

es muy querida por el papa,» y mantener en ella á la familia de los Médicis, «tal como allí está;» en cambio obtenía el apoyo de León X para la conservación del Milanesado y recibía Parma y Plasencia.

Aquel tratado era el tratado entre los dos príncipes; pero á León X interesábale, por lo menos tanto como esto, la inteligencia entre el poder espiritual y temporal. La reunión del concilio de Pisa había sido causa de que el papado se mostrara muy atento en combatir las veleidades de independencia del clero y de que se planteara muy claramente la cuestión de los poderes de los Soberanos Pontífices sobre la Iglesia. Ahora bien: el Sacro Colegio veía en la Pragmática francesa uno de los principales elementos de resistencia á la centralización pontificia, y el concilio de Letrán, que se había dedicado

(1) Madelin, *De Conventu Bononiensi*, 1900 (tesis de París).